

LAS FLORES DE MI JARDÍN

Por Quim Gómez

Quiero mirar las flores de mi jardín, pero sólo veo sus formas de mujer. Quiero distinguir los colores de las flores y del césped, en cambio la veo a ella sentada sobre mí, menuda, con su blanca piel enfundada en una de mis grandes camisas. Quiero sentir el olor de la hierba fresca y tan sólo acierto a recordar el olor de su piel, el amarillo de los pétalos es el rubio de sus cabellos y en los verdes tallos veo su delgado cuerpo cubierto con el traje turquesa que llevaba la noche en que abandonó mi vida.

Se marchó de la misma espontánea manera con la que había irrumpido en mi rutina: de repente, sin previo aviso. Cuando la conocí me inundó la frescura de su alma sin complicaciones y sin pasado. Y me hizo tan feliz que durante meses viví sólo para ella sin importarme dejar por el camino el lastre de una vida que, hasta entonces, carecía de objetivos y ambiciones. Ella llenó mi corazón de color y de ilusión, de alegría y emoción, de juegos y aventura, de ternura y de pasión.

Y ahora estoy en casa, abandonado, odiando al Sol por iluminar un día que debería ser triste, detestando la primavera por despertarme deseos que no quiero, maldiciendo al mundo entero por no compartir, al menos un poquito, el sufrimiento que ocupa mi alma. Espero pacientemente que pase algo, sin yo



hacer nada, para que sea como cuando ella apareció ante mí, espontáneo y fortuito. Espero una llamada de alguien sin nombre, una carta sin motivo, un correo electrónico aleatorio, la llamada equivocada al timbre de mi puerta, una noticia alarmante en la radio, una sirena de bomberos en la calle, cualquier cosa que consiga recrear el nexo entre mí y el mundo que sé que existe allá fuera. Porque sé que ella no va a volver y cada vez se me hace más difícil reconocer que tenía una vida a la que puedo regresar. Ya no recuerdo cómo era ir a trabajar cada mañana ni los nombres de los que salían conmigo de fiesta. Y no estoy desesperado, solo consumido en la certeza de que sin ella ya nada vale la pena. Me conformo con dejar pasar el tiempo esperando que un imposible vuelva a suceder.

No sé *cuántos* días llevo así, estirado en la hamaca frente a la ventana del jardín, sin pensar en comer, cambiarme de ropa o aseo. No duermo necesariamente de noche si no cuando se me cierran los ojos. Anoche no cerré la ventana y me envolvió el frío suave de las noches de primavera. Esta mañana empiezo a preocuparme porque la tos no me deja descansar. Tengo sed, pero ya no recuerdo donde está el agua. El mundo no existe fuera de la hamaca frente a la ventana del jardín.

Debe hacer rato que duermo cuando, de repente, percibo sombras a mi alrededor y, aunque por un momento el sol ha dejado de iluminar mi rostro,



siento un calor nuevo que me cubre el cuerpo. La radio parece llamarme por mi nombre y, aunque me parece extraño, prefiero ignorarlo ya que vuelvo a sentirme cómodo, tanto que creo que seguiré durmiendo un poco más.

Ahora sí que oigo una sirena, cerca, muy cerca, pero no consigo abrir los ojos para averiguar de dónde viene el sonido. Tampoco acierto a mover los brazos ni siquiera cuando un dolor punzante me hace recordar cuando doné sangre. La radio sigue hablando conmigo y me da ánimos, me dice que me voy a poner bien. Pero la sirena sigue tan moleestamente cerca que dejo de prestar atención a todo y me duermo profundamente.

Cuando abro de nuevo los ojos no reconozco dónde estoy. Las paredes son blancas y no hay ventanas. Me cuesta recordar cómo, pero consigo girar levemente la cabeza. Dos figuras se abrazan a un par de metros de donde estoy tumbado bajo inmaculadas sábanas. Lloran sin descanso procurando un mutuo consuelo que no parece ser suficiente.

Muy lentamente me incorporo en el borde de la cama para mirarlas con atención. Son un hombre y una mujer, ambos mayores, que me transmiten un cierto sentido de familiaridad. Un escalofrío recorre sus cuerpos cuando me alzo y paso a su lado, aunque no se giran para mirarme. Abro un armario, encuentro mi ropa y cubro mi cuerpo que, ahora me doy cuenta, estaba desnudo.



Mientras me visto miro hacia la cama y me invade el desconcierto cuando me veo todavía tumbado, con tubos invadiendo mi cuerpo por la boca y el brazo izquierdo. Me veo quieto y pálido, muy quieto y muy pálido.

Un enfermero abre la puerta de la habitación y nos invita muy amablemente a salir. Lo hago y, ya desde el pasillo, veo como el enfermero retira los tubos y cubre mi rostro con la sábana. La pareja, a mi lado, sigue ignorándome aún invadida por una gran pena. Una pena que no deseo compartir, así que los dejo allí y encamino mis pasos a casa.

Consigo recordar que estaba tumbado en la hamaca esperando que algo repentino sucediese. Y sigo el impulso de volver, de seguir esperando, ya que me asalta un deseo de que alguien indefinido regrese a mí. Pero en mi mente ya no hay nombres ni rostros, sólo imágenes poco definidas y una inmensa melancolía.

Intento recordar qué hacía y a quién esperaba, pero la única imagen que me viene a la mente es la de las flores de mi jardín.

FIN

